





DAVID,
SUEÑOS DE UN REY



Carlos Javier García Moreno

DAVID,
SUEÑOS DE UN REY



Primera edición: septiembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Javier García Moreno

© Imágenes de portada: Fernando María Pérez Peces

ISBN: 978-84-17362-84-3

ISBN digital: 978-84-17362-85-0

Depósito legal: M-18174-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia,
y a todos los
que dedican su vida
a ayudar a los demás.*



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
1. LA AGONÍA DEL REY.....	17
2. EL SUEÑO DEL REY.....	31
3. EL UNGIDO DE DIOS.....	47
4. LA HUMILDAD DEL REY.....	63
5. EL REY GUERRERO.....	79
6. EL JUSTO PERSEGUIDO.....	101
7. EL REY MISERICORDIOSO.....	117
8. EL DESTIERRO DEL REY.....	135
9. LA UNCIÓN DEL REY.....	149
10. EL PASTOR REY.....	169
11. LA CIUDAD DE DAVID.....	181
12. LA CIUDAD SANTA.....	203
13. EL REY DE LOS EJÉRCITOS.....	217
14. EL REY PECADOR.....	239
15. EL ARREPENTIMIENTO DEL REY.....	259
16. EL REGRESO A LA CIUDAD DE DIOS.....	279



INTRODUCCIÓN

Hacia el año 1.240 a.C. un grupo de tribus del desierto, que habían llegado al este del Jordán, cruzaron el río y asaltaron la ciudad de Jericó. Estas tribus, que decían proceder de Egipto, se habían unido a otras que, siglo y medio antes, habían llegado a la región procedentes del este y se llamaban a sí mismos «hebreos», pero que se habían visto frenadas por el reino de Moab, que ocupaba los territorios colindantes con el Jordán por su lado este.

Ambos grupos tribales decían compartir un tronco común pues se consideraban descendientes del patriarca Abrahán. Los hebreos se hacían llamar así porque en las Sagradas Escrituras (Libro del Génesis), Abrahán es llamado «el hebreo», mientras que las tribus procedentes del sur decían ser descendientes de un nieto de Abrahán llamado Jacob (o Israel). Estos últimos bien pudieran ser los descendientes de los hicsos que, siglos atrás, se habían asentado en el delta del Nilo y que con el tiempo quedaron bajo el poder de Egipto.

Sea como fuere, en la fecha propuesta y al mando de Josué, sucesor de Moisés (el hombre que los había sacado de Egipto), las tribus hebreas se dispusieron a ocupar la tierra de Canaán, esto es, el territorio que se extiende entre el Jordán, por el lado este, y el mar Mediterráneo por el oeste. En su ideario estaba la conquista de la Tierra Prometida, un territorio que Yahvé, su Dios, les había prometido; una tierra rica que manaba «leche y miel».

Las tribus se organizaban bajo los nombres de los hijos de Jacob, el nieto de Abrahán: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí,

Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. Pero había una excepción, de José, el que fuera ministro del Faraón, habían surgido dos tribus más, de esta forma, representando a José habían surgido las tribus de Efraín y Manases.

Nada más realizar el cruce del Jordán se propusieron realizar una rápida expansión por toda Canaán y, sin bien no dominaron totalmente el territorio (quedaron ciudades que se mantuvieron independientes durante mucho tiempo), sí hicieron un reparto territorial entre las tribus. Rápidamente buscaron los lugares más fértiles, esto es, ambos lados del mar de Galilea, el Jordán y el mar Muerto e hicieron una distribución que marcaría inexorablemente su futuro.

En el norte y lindando con Fenicia se asentaron la tribu de Aser, junto al mar, y la de Neftalí hacia el interior hasta el mar de Galilea. Debajo de ellas se situaron las de Zabulón e Isacar y bajo ellas la de Manasés, que fue la que más territorio ocupó, cuyos extremos estaban en el Mediterráneo por el oeste y por el este cruzaba el Jordán y ocupaba una extensa lengua de territorio que se prolongaba hacia el norte hasta Fenicia. Bajo ella y en su lado oriental, se instaló la tribu de Gad y al sur de ella la de Rubén, la cual quedó constreñida entre el mar Muerto por el este, el reino de Amón por el oeste y el reino de Moab por el sur. Al oeste del Jordán y al sur del territorio occidental de la tribu de Manasés, se situó la de Efraín, y bajo ella las de Dan y Benjamín, la cual lindaba con la costa norte del mar Muerto, y bajo ambas, ocupando todo el territorio desde el mediterráneo al mar salado se instalaron las de Judá y Simeón, esta última, con el tiempo, sería absorbida por la primera. De todas ellas, la única que no ocupó un territorio concreto sino que se repartió por las ciudades de Canaán, fue la de Leví.

Sin embargo, y pese a su rápida expansión, la situación distó de ser estable, pues debido al recelo de sus vecinos del sur, los egipcios, se vieron envueltos en una dura guerra con ellos para evitar ser desplazados hacia el norte. Pero con todo, su principal enemigo estaba aún por llegar, y no se trató precisamente de uno de los

pueblos que habían ocupado la zona antes de su llegada, sino de un nuevo pueblo extranjero que, al igual que ellos, buscaba una tierra fértil en la que asentarse.

Así, hacia el 1185 a.C., un pueblo procedente del mar Egeo intentó ocupar el norte de Egipto, y si bien en un principio fueron rechazados, finalmente ocuparon una franja costera al norte de la península del Sinaí y al oeste de la tribu de Judá. Los egipcios conocieron a estos «pueblos del mar» con el nombre de *peleset* y los israelitas con el de *pelishtí*, de donde derivó la palabra castellana Filisteos.

Los filisteos, pueblo de cultura griega, fundaron en la costa cinco ciudades estado que, pese a no estar unidas políticamente, fueron el eterno enemigo de los israelitas. Su principal ventaja radicaba en un nuevo metal con el que construían sus armas, el hierro, el cual era muy superior en resistencia y dureza al bronce, que aún era el más utilizado en la época.

Muy pronto, los «pueblos del mar», iniciaron su hostigamiento a las tribus hebreas. La primera en sufrir su empuje fue la de Dan, la cual se vio forzada a abandonar la tierra conquistada y a desplazarse hacia el norte, hasta el límite con Fenicia, donde conquistaron una ciudad y la rebautizaron con el nombre de Dan. Esta ciudad se convirtió en el extremo norte de Israel.

Pero además de todo lo anterior, la desunión entre las tribus era evidente y ante la amenaza filistea se vieron obligados a actuar en común. Se formaron dos grandes grupos: por un lado las tribus de Judá y Simeón llegaron a fusionarse bajo el nombre genérico de Judá y, por el otro, el resto formó un bloque, al que llamaron Israel, al frente del cual sobresalían, principalmente, líderes de las tribus de Manases, Efraín y Benjamín. Con el tiempo, Israel pasó del sistema tribal de gobierno a otro más efectivo y práctico, donde la sucesión en el poder no se convirtiera en un problema añadido sino que fuera más sistemático y de conformidad de todos. De esta forma surgió, a imagen de los sistemas de gobierno orientales, la figura del rey de Israel. Pero había un problema que vencer antes

de dar este importante paso, para conseguir el consenso de todos, la persona elegida para ocupar el cargo debía revestirse de legitimidad y, para ello, qué mejor que dotarle de un aspecto de «enviado de Dios».

Aunque no todo el pueblo profesaba la religión de Yahvé, de todos era aceptado que Dios los había destinado a la «Tierra prometida», por tanto el líder se convertiría en su brazo ejecutor, pero antes era preciso que un profeta, esto es, alguien que vivía para Dios y que mantenía una relación constante y estrecha con él, le ungiera como su elegido.

El primero de todos ellos fue Saúl, un miembro de la tribu de Benjamín que, hacia el año 1.020 a.C. fue ungido por el profeta Samuel como rey. De esta forma Saúl se convirtió en el «Ungido», en hebreo el *Mashiah*, en castellano el «Mesías».

Su reinado no fue fácil, y todo él estuvo marcado por una continua guerra contra los filisteos. Nunca encontró la paz hasta su muerte.

Mientras tanto, Judá permaneció fuera del nuevo reino aunque enviaba contingentes de tropas para luchar del lado israelita. Es en esta época donde surgió la figura de un gran hombre, el primero que unió bajo su mando los reinos de Israel y Judá y que se convirtió en la figura clave de la historia del pueblo judío, el Rey David, de cuya estirpe nacería un nuevo «Mesías», Jesús de Nazaret.

Pese a ser una de las más grandes figuras del judaísmo, no existe apenas información sobre David, fuera de los textos sagrados. Su personalidad cabalga entre la historia y la leyenda y no faltan autores que lo tachan de asesino cruel, e incluso de mercenario a sueldo de los filisteos.

En mi historia, he querido centrarme en la imagen de David que nos aportan las Sagradas Escrituras, es por tanto un trabajo de difusión y explicación de los textos, más que un trabajo de investigación.

Son muchos los personajes y hechos históricos que conocemos por pequeños escritos que, en muchos casos, son reproducciones

de otros anteriores que no se conservan y, sin embargo, no nos planteamos la posibilidad de que puedan ser inexactos e incluso falsos, que se traten de simples leyendas que han ido cambiando de boca en boca hasta que alguien se decidió a plasmarlo en un documento escrito. Esto se debe a que no existe otra fuente con la que comparar dichos acontecimientos, es la única corriente de información que nos ha llegado y por tanto hemos de considerarla, cuanto menos, fiable. Por tanto, ¿quiénes somos nosotros para poner en duda los hechos relatados en las Sagradas Escrituras? Es cierto que las historias que nos cuenta pueden aparecer, en ocasiones, magnificadas, pero hemos de entender que en ellas se utilizan gran cantidad de géneros literarios: histórico, épico, apocalíptico..., lo importante no es quedarse con la forma en que están contados, sino con los hechos en sí, con el fondo, con lo que quieren expresar. Si David fue o no un vasallo de los filisteos, o incluso un filisteo sin más, como afirma el profesor de Estudios Judaicos de la Universidad de Georgia, Baruch Halpern, en su libro *David's Secret Demons: Messiah, Murderer, Traitor, King* (2003), o si se trató más bien del caudillo de una banda de forajidos, según los historiadores Israel Finkelstein y Neil Asher Silberman, e incluso si se trató de un tirano ambicioso y despiadado, no es el tema de esta novela.

Lejos de realizar una labor de investigación sobre la vida de tan insigne personaje, este libro solamente trata de reproducir los hechos contados en el Antiguo Testamento, desde un punto de vista humano y natural. No ha sido pues mi intención magnificar los hechos relatados como si de un súper héroe legendario se tratase, sino por el contrario, presentarle como un hombre común con sus virtudes y debilidades, para que, desde este punto de vista de ser humano de carne y hueso, podamos apreciar la importancia de aprender de nuestros propios errores, y lo que es más importante, saber arrepentirse y pedir perdón por ellos.

Es cierto que no me ha resultado fácil llegar a comprender algunos de los pasajes descritos, así como tratar de ubicar en los mapas algunos lugares que, aún hoy, no han sido localizados por

los arqueólogos e historiadores y de los cuales existen pocas referencias, o recrear algunas imaginarias escenas que sólo han tenido lugar en mi pensamiento. Tampoco me ha sido sencillo describir los escenarios de algunas batallas, a las que las Sagradas Escrituras no dedican más que una breve referencia, pese a su trascendencia histórica. Pero si leemos con detenimiento los textos sagrados, nos daremos cuenta de que no son un simple relato histórico de acontecimientos para ilustración de la futuras generaciones, sino el progresivo desarrollo de una filosofía teológica, encaminada a forjar, en cada uno de nosotros, un concepto claro sobre el bien y el mal y de marcarnos una pauta para el recto discernimiento.

Por todo ello, he de decir que este libro no intenta aclarar los relatos de la Biblia, ni mucho menos realizar correcciones al Libro de los libros; el único propósito que me ha movido a dedicar éstos diecinueve meses a la redacción de este volumen, no ha sido otro que el de entretener al posible lector que se acerque a él y hacerle pasar un rato agradable con una simple novela.



1.

LA AGONÍA DEL REY.



Señor, escucha mis palabras,
atiende a mis gemidos,
haz caso de mis gritos de auxilio,
Rey mío y Dios mío.

A ti te suplico, Señor;
por la mañana escucharás mi voz,
por la mañana te expongo mi causa,
y me quedo aguardando.

Oración de la mañana de un justo perseguido
Salmo 5





Anocheceía sobre la ciudad de Jebús. El fuego abrasador del aire del desierto dejaba paso, poco a poco, al fresco de la noche. Una noche que se presentaba fría, oscura y misteriosa como la muerte; una noche que traería la desolación al pueblo de Dios, quizá la noche de los tiempos para sus hijos.

La antigua ciudad de Salem, la que fuera morada del rey y sacerdote perpetuo Melquisedec, se enfrentaba a un tránsito hacia lo desconocido. Era el inicio de un nuevo día, pero nadie se atrevía a aventurar si traería consigo el nacer a la vida o, simplemente, significaba el final.

En una noche sin luna, la oscuridad iba reclamando su espacio, sólo la tenue luz de pequeñas lámparas de aceite se dejaba ver en los puestos de guardia de las murallas.

En el interior, la ciudad se disponía a una noche en vela. El viejo Rey David, el Ungido de Dios, se debatía entre la vida y la muerte. La lámpara de su cuerpo mortal se iba apagando inexorablemente.

En breve, las sombras lo cubrieron todo y el silencio se hizo sobrecogedor, sólo el aullido de alguna alimaña, que de cuando en cuando rasgaba el aire, hacía entender a los hombres que el mundo seguía vivo.

El único movimiento en el interior de la ciudad, era el de la ronda de guardia que de forma continua visitaba los puestos de las murallas.

Habían pasado ya treinta y tres años desde que David, el «amado», el «elegido de Dios», había arrebatado la ciudad a los jebuseos.

Desde entonces, Jebús se había convertido en Ciudad de David y poco después también en la ciudad de Adonai, cuando el gran Rey decidió trasladar a ella el Arca de la Alianza.

Jebús ocupaba la cumbre de la estrecha y alargada colina de Ophel, una lengua de tierra que se extiende de norte a sur. El recinto de la ciudad estaba totalmente rodeado por unas potentes murallas que la hacían inexpugnable; además, en el lado noreste contaba con acceso a un manantial, la fuente Gihón, que hacía de la ciudad un lugar seguro y abastecido en caso de ser sitiada. Por este motivo, Jebús había permanecido independiente en manos de los cananeos, pese a la invasión hebrea, hasta ser conquistada por el hombre que ahora agonizaba.

Desde las murallas del lado este, los soldados controlaban el valle del Cedrón, un profundo barranco por el que discurre una corriente de agua durante nueve meses al año, que serpentea paralelo a ellas y que a su vez marca la linde con el monte de los Olivos, el cual separa la ciudad del desierto y desde cuya cumbre se inicia un largo descenso, hacia el este, hacia el gran lago salado, el lugar donde vierte sus aguas el Jordán, el río de agua viva, y donde, sin embargo, como si se tratase de un gran almacén de muerte, cualquier forma de vida es imposible. La ladera oeste del monte, por el contrario, al abrigo de los vientos secos cargados de fuego, es todo un vergel para la ciudad, y donde hasta las piedras se apartan para dejar paso a la más insignificante brizna de hierba. Allí quiso Adonai que creciera el árbol del fruto con cuyo crisma ungiría a sus hijos.

Por el lado oeste, las murallas bordeaban el valle del Tyropeon, un torrente de escaso caudal que discurre de norte a sur.

Desde la puerta sur podía verse el punto donde se unen los dos valles y desde el cual arrancaba una de las rampa que daba acceso a la ciudad. Más al sur, el valle se une al del Hinóm, el cual circunvala el monte Sión por su lado oeste formando un gran cinturón en torno a él, junto con el Tyropeon por el este.

En el lado norte, sobre una gran estructura de piedra, se encontraba el palacio real, una pequeña fortaleza donde David ha-

bía vivido los últimos años de su vida, y desde donde podía ver, hacia el norte, el monte Moriah, el lugar donde el gran padre Abraham ascendió para ofrecer a Isaac, su hijo primogénito, en sacrificio a Dios. El monte en el que había pensado levantar la casa de Dios. Un proyecto que nunca inició pues Adonai, por boca de su profeta Natán, se lo había impedido por los crímenes de su vida; reservando tal honor para su descendencia, la cual nunca se extinguiría.

Pero ahora, el hombre que durante 40 años había conseguido unir a todas las tribus de Jacob, el hijo de Jesé, el biznieto de Ruth, el más grande de la tribu de Judá, el digno descendiente del Padre Abraham, se enfrentaba a su última batalla, una batalla que no podía ganar.

El pueblo se había reunido junto al palacio de su señor y en un silencio sobrecogedor oraba por él. Los ojos de todos los presentes permanecían fijos en la tenue luz que se filtraba por una de las ventanas de la planta superior, las estancias del rey.

De cuando en cuando, la pequeña luz se perdía proyectando la sombra de las personas que se encontraban en torno a su lecho. Dos médicos, uno a cada lado, velaban a su señor noche y día, desde hacía ya varias jornadas en las que su salud se había deteriorado de forma notable.

Ya no era preciso contar con los servicios de Abisag, la joven sunamita que habían traído para tratar de llevar calor al frágil cuerpo del rey, pues éste ya no tiritaba de frío, ahora permanecía inmóvil y era preciso acercar el rostro a su boca para saber si aún respiraba.

Junto a la puerta de la habitación, en el corredor de acceso, la guardia impedía el paso a toda persona que intentase entrar. Solamente su sucesor, Salomón, el hijo de su muy amada esposa, Betsabé, el recién coronado por su padre, decidía quien podía pasar a la estancia que se había convertido en el centro neurálgico del reino. Allí, a los pies del soberano, junto a los dos médicos, permanecían expectantes las personas más cercanas: Natán, el profeta de Dios;

Sadoc, el sumo sacerdote; Benaías, el jefe de la guardia, y por supuesto, Betsabé, su favorita.

Entre los presentes el silencio era absoluto. Nadie se atrevía a hablar y tan solo los médicos, de cuando en cuando, acercaban una lamparilla al anciano y abrían sus párpados para explorar sus ojos.

Pero David aún vivía, y estaba dispuesto a ser fuerte en su cara a cara con la muerte. La respiración, aunque muy tenue, se mantenía constante y los ojos, como si buscasen en su interior, aún se movían ligeramente bajo sus párpados cerrados.

No, el rey no estaba dispuesto a abandonar este mundo sin más. Había algo que aún parecía estar inacabado y debía ser resuelto antes de encontrarse, cara a cara, con Adonai.

Salomón salió de la estancia por la puerta de acceso a una pequeña terraza orientada hacia el norte. Desde allí podía contemplar el monte Moriah, el lugar elegido para levantar el templo y donde guardar el Arca de la Alianza. La temperatura había bajado y el aire volvía a ser respirable, además, el ambiente y la tensión del cuarto real era insoportable. Necesitaba aire fresco. Necesitaba respirar. Respirar y pensar. Ahora era el rey, su padre así lo había querido y el peso de la responsabilidad empezaba a hacerse difícil de llevar; a ello habían contribuido las peticiones hechas por David y que debería cumplir, de forma escrupulosa, a la muerte de éste.

Ya era noche cerrada y las sombras cubrían todo el horizonte. Daba la impresión de que, más allá de la terraza, no había nada y que el mundo se terminaba al otro lado del pequeño muro de piedra. Sólo la luz de la pequeña fogata que mantenían viva los soldados encargados de cuidar los aparejos de construcción del futuro templo, marcaba un punto lejano que, en la oscura noche, parecía flotar en el espacio.

La soledad en ese lugar, unida a la negrura circundante, lejos de ayudar a reflexionar y a poner las ideas en orden, provocaban una ineludible inquietud en el joven Salomón quien, de forma inconsciente, buscó alguna luz más allá que le ofreciera una referencia y le aportara el sosiego que necesitaba. A su derecha, quizás en la

cima del monte donde crecían los olivos, un pequeño resplandor indicaba el lugar donde acampaba un grupo de pastores con su ganado. Más allá de eso, la nada. La oscuridad más absoluta. ¿Era realidad o ficción? ¿Era su imaginación o el amargo presagio de lo que sería su reinado?

Pero en aquel preciso momento, algo o alguien, en su interior, le dijo que aquellas dos pequeñas y tenues lucecitas podrían ser el cimiento de su vida y de su casa, la casa de Salomón, el vástago de David. Al momento todo empezó a cambiar y su mente vio claro el futuro. Dios le estaba marcando, con pequeñas señales, su camino. Un camino largo aún, pero con dos metas muy claras marcadas por la luz: Dios y su pueblo.

Momentos después alguien se acercó a él por su espalda, se trataba de Betsabé, su madre.

—¿Qué te ocurre hijo mío? ¿Estás bien?

—Sí, madre —contestó Salomón—. Sólo un poco preocupado.

—¿Por tu padre o por la construcción del Templo? —preguntó Betsabé.

—Por ninguna de las dos cosas, madre, por ninguna de las dos...

Salomón contestaba despacio y con una gran calma interior.

—Sé que mi padre está en manos de Adonai, y que cuando vuelva a él será bien recibido, tal como merece su más digno siervo, y el Templo está en buenas manos, el rey ya se encargó de traer los mejores materiales y los mejores arquitectos de Tiro. No madre —continuó Salomón—, ninguna de esas dos cosas me quita ya el sueño. Cuando mi padre enfermó lloré por él cuanto se puede llorar, pero ahora estoy tranquilo. En cuanto al Templo, la construcción marcha a buen ritmo, y Sadoc y Ahimélec, el hijo de Abiatar, ya han organizado los servicios religiosos. Lo que me preocupa es mi reino y mi pueblo, y saber si yo, Salomón, seré digno de llevar esa responsabilidad.

—Estoy segura, hijo mío, que serás un gran rey —dijo Betsabé—, David te eligió iluminado por Adonai, pero tendrás que ser fuerte y generoso a la vez.

Betsabé guardo un momento de silencio y, tras realizar una larga y dolorosa inspiración, preguntó en voz baja y mirando la oscuridad del horizonte.

—¿Qué te dijo tu padre cuando te sentó en el trono de Israel y Judá?

Salomón quedó pensativo un instante, como meditando la respuesta, y seguidamente contestó:

—Me habló de una promesa que le había hecho el propio Adonai. Me dijo que Dios le había prometido que si sus descendientes andaban por el camino recto, en su presencia, con fidelidad de alma y corazón, nunca serían arrancados del trono de Israel. También me dijo que no me apartara nunca de la ley de Moisés para que Dios estuviera siempre conmigo en todo cuanto emprenda.

—Hijo mío —continuó Betsabé—, sé que cumplirás la ley de Moisés, y también sé que nunca te apartarás del camino de Dios, pero temo por tu vida. Sé que con el trono has heredado todos los enemigos de tu padre y sé también que aquí, en la casa de David, tienes enemigos entre tus propios hermanos, por eso quiero saber que vas a hacer, y si tu padre te ha dictado su última voluntad.

Salomón pareció dudar un momento. Agachó su cabeza mientras apoyaba sus manos en la balconada, inspiró y se volvió hacia su madre. Antes de contestar se aseguró de que no había nadie cerca o a la escucha, y de forma pausada y entrecortada, respondió:

—Sí, Madre. David me dictó su última voluntad, y hube de jurar en el nombre de Adonai que la cumpliría—guardó un momento de silencio y continuó diciendo—, quizás no debiera contártelo, pero eres mi madre y solamente en ti puedo confiar, además necesito descargar mis pensamientos y compartir con alguien el peso de lo que he de hacer.

—¿Tan duro es, hijo mío? —preguntó Betsabé.

Salomón volvió a bajar la cabeza y la movió ligeramente de forma afirmativa, después la levantó hasta mirar directamente a su madre, y continuó:

—David me ha pedido que quite la vida a Joab, el hijo de Sarvia, el general de sus ejércitos...

Betsabé quedó sobresaltada por la noticia y sin darse cuenta levantó la voz al preguntar:

—Pero..., ¿por qué?. Siempre fue fiel a David...

Sus palabras quedaron ahogadas cuando Salomón le hizo repetidos gestos con las manos, para que bajase la voz.

—Madre, también a mí me duele lo que he de hacer, pero las acusaciones de David contra Joab son muy graves. David le acusa de haber puesto sangre inocente en sus manos cuando, en período de paz, mató sin honor a dos de los generales de Israel. Primero a Abner, hijo de Ner, a quien asesinó mientras negociaban, cuando Abner ofreció a David los ejércitos de las tribus del norte, en contra de Isboset, el hijo y sucesor de Saúl; y luego por el asesinato de Amasá, el hijo de Yéter, el hombre que había sido nombrado general por mi hermano Absalón cuando se reveló contra David. Joab le abrió el vientre con la espada mientras fingía hablarle al oído, y ni tan siquiera tuvo misericordia de él cuando le dejó tirado en el suelo, aún vivo, y con sus entrañas sobre un charco de sangre. Es cierto que David quiso castigarle personalmente, pero la enfermedad le había debilitado y ya no podía ceñir su espada. Sin embargo, no hizo ningún reproche contra él por la muerte de Absalón, su amado hijo, pues bien sabía mi padre la gran ofensa que había hecho a Dios al proclamarse rey sin haber sido ungido por Adonai.

—¿Y eso es todo? —preguntó Betsabé visiblemente preocupada.

—No, madre —respondió Salomón, esta vez con gesto sereno y firme al tiempo que acariciaba con ternura el rostro de Betsabé—, también me encargó que castigase a Semei, el benjamita, quien le maldijo y llamó sanguinario al tiempo que le apedreaba como a un perro, cuando llegó al poblado de Bajurim, camino del Jordán, huyendo de la furia de Absalón.

Mientras Salomón hablaba, Betsabé rompió a llorar en silencio. Sus ojos se nublaron y hubo de llevar sus manos al rostro para

tratar de ahogar sus lamentos. Salomón la rodeó con sus brazos y ahora, con toda la ternura de que fue capaz, trato de consolarla.

—¿Por qué lloras, madre?, ¿no ves que he de cumplir su voluntad?

Betsabé enjugó apenas sus lágrimas y con voz temblorosa, dijo:

—¿Acaso no eres consciente de que vas a iniciar tu reinado con un baño de sangre? ¿Qué crees que hará Adonías, tu hermano, cuando lo vea? ¿También piensas pasar a espada a los miembros de tu casa?

—No, madre, —contestó Salomón—, no voy a hacer una matanza en mi casa, Adonías me ha jurado fidelidad y yo respetaré mi palabra. Pero, ¿qué diría Dios si no cumpliera la voluntad de su ungido?, ¿acaso no retiraría su favor a la casa de David? No, madre, no puedo dejar de cumplir con mi deber, pero también te prometo, como lo hice con mi padre, que seré justo y generoso con quien lo merezca, y no dejaré sin recompensa a quienes tanto hicieron por él y a quienes le ayudaron en los peores momentos de su huida, aún a riesgo de sus vidas. ¿Crees que dejaré sin recompensa a los hijos de Barzillay, quien acogió a mi padre en su casa de las colinas de Galaad, al otro lado del Jordán? Aquel hombre salvó la vida de mi padre y ahora sus hijos se sentarán a mi mesa. También trataré por igual a los hijos de Judá e Israel, la Ciudad de David será la casa de todos ellos y el Templo de Adonai su refugio; desde ahora las tribus de Jacob serán un solo pueblo y todos serán iguales ante mí. Te aseguro, madre, que la tierra que Adonai nos legó será tierra de paz para sus hijos, y los reinos que nos rodean verán nuestro esplendor y temerán nuestra cólera.

Betsabé enjugó sus lágrimas, miró a su hijo a los ojos y, con voz aún entrecortada por el llanto, le dijo:

—Que Adonai te bendiga y sea misericordioso contigo, como lo fue con David.

Tras unos momentos de silencio, Betsabé tomó con ambas manos el rostro de su hijo, lo atrajo hacia ella y tras erguirse ligeramente, le besó en la frente. Después, aún con el corazón

dolorido por el futuro incierto de su hijo, volvió al interior de la cámara del rey.

Salomón quedó nuevamente solo con sus pensamientos. Los comienzos de su reinado, ya sin David, no iban a ser fáciles. La herencia parecía envenenada y no sabía si las tribus le respetarían como lo habían hecho con su padre. Era preciso convencer a todos de que su reinado no cambiaría las cosas, y que la paz y la justicia alcanzaría a todos por igual. Pero debía decidir cómo acabar con Joab, y la empresa no se presentaba fácil. Joab, como general, podría reunir un ejército y levantarse en armas, después forzaría a los sacerdotes a ungir a uno de los hijos de David y el reino estaría en peligro. Además, bien conocía Salomón las preferencias de Joab, y del sacerdote Abiatar, por su hermano Adonías. Quizás lo prudente sería esperar la infidelidad de Adonías. Sí, estaba seguro que su hermano incumpliría su promesa, reclamaría el trono de David y entonces sería el momento. Adonías sería ejecutado, Joab no tendría a quien ungir para levantar un ejército en armas, y sería fácil acabar con él; sin embargo, no podría hacer lo mismo con Abiatar, a fin de cuentas él había conducido, para David, el Arca de la Alianza hasta Jebús, y había sido siempre fiel a su padre; pero era preciso expulsarlo para evitar su venganza y de esta forma que se cumpliera la palabra de Adonai contra la casa de Eli, a la que Abiatar pertenecía, en Siló.

Sí, era necesario limpiar la casa de David, de toda la gente que le había hecho daño, para poder iniciar un reinado de paz. De no ser así, nunca viviría tranquilo y la sombra de la traición podría aparecer tras cada esquina, en cualquier momento, en cualquier lugar... ¿Cuánto tardarían las tribus de Israel en levantarse contra Judá, si la conspiración se fraguaba y tenía éxito? ¿Cuánto tardarían sus vecinos de Moab, de Edom, de Filistea, de Amón, de Fenicia o de Egipto, en asaltar la tierra que Adonai les había prometido? ¿Cuánto tardaría en desaparecer el recuerdo de Adonai en la tierra sagrada de Abraham? ¿De qué habrían servido siglos de lucha y trabajo, de peregrinación por el desierto, de sacrificios a Dios, o

de cumplir la ley de Moisés? Todo lo conseguido duraría menos que nada, las tribus se perderían en el tiempo y su existencia sería menos que un recuerdo.

Era preciso actuar. Los lobos que habitaban los países vecinos no se darían un festín con el pueblo de Dios.

Estaba absorto en sus pensamientos, su mirada se había perdido hacia la oscuridad del horizonte, hacia la oscuridad de su propio horizonte; y de nuevo vio el resplandor de la fogata del monte donde se construía el templo de Dios. Fijó repentinamente sus ojos en ellas y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Quizás fue el relente de la noche que le había penetrado hasta los huesos, una noche que se presentaba fría y desconocida, que se presentaba atroz. Quizás fue la terrible sensación de que sus pensamientos habían volado libremente en brazos de la concupiscencia, del deseo desordenado de placeres y bienes terrenos, y se había olvidado de la realidad más inmediata, de David, su padre.

Sacudió ligeramente la cabeza para alejar sus locos pensamientos, y al pronto le invadió la pena, el vacío y el desasosiego, por la pronta pérdida de alguien tan querido, el hombre del que había recibido la vida y cuya sangre corría por sus venas. Al tiempo, una lágrima recorrió todo su rostro y pensó en lo mucho que le echaría de menos, en la necesidad que tendría de él en todo momento, en la ternura con que siempre le había tratado en sus tiempos de niño, siempre junto a él, en sus juegos, en los días de cacería, en esa rara destreza que tenía para manejar la honda y que tanta gracia hacía a todos cuantos le acompañaban, porque ellos eran incapaces de disparar sus flechas con igual rapidez y puntería.

De nuevo se dio cuenta de que sus pensamientos habían vuelto a volar, pero ahora una pequeña sonrisa había aparecido en su boca evocando tan bellos recuerdos. Era el momento de volver dentro de la estancia y evitar que su juguetona y activa cabeza volviera a llevarle a otra realidad insospechada.

Cuando regresó a la habitación todo seguía igual. Se acercó a uno de los médicos y le preguntó:

—¿Cómo sigue?

El médico, que en ese momento comprobaba el pulso de David, en la muñeca, al tiempo que tomaba su temperatura en la frente, alzó lentamente la cabeza para mirar a Salomón y con gran tranquilidad y seguridad en su diagnóstico, contestó:

—Mi Señor, su pulso es muy leve aunque permanece estable, pero la temperatura de su cuerpo es baja. Creo que pese a estar inconsciente algo en su interior lucha para seguir viviendo. La enfermedad le ha debilitado hasta el extremo, pero es un luchador y se aferra a la vida con una gran fuerza.

Salomón se acercó a David y con su mano le acarició el rostro. El silencio en la habitación era absoluto. Salomón se negaba a pensar que eran los últimos instantes de la vida de su padre y se aferraba fuertemente a ello; por ese motivo, cuando bajo los párpados cerrados de David vio moverse levemente sus ojos, llamó su atención al médico por si ello significaba un atisbo de esperanza.

El médico le contestó con dulzura y agachando levemente la cabeza:

—No, mi Señor. Su cuerpo está inerte pero su cerebro y su corazón aún viven. No podemos saber que está ocurriendo dentro de su cabeza, pero quizás algún sueño o un leve recuerdo aún circule dentro de ella.

—¿Cuánto vivirá aún?—preguntó sin apartar la vista de su padre.

—Es difícil de saber, mi Señor... —contestó el médico en voz baja y con cierta inquietud en su rostro.

—¿Cuánto? —volvió a preguntar, ahora de forma enérgica y mirando fijamente al médico.

El hombre recibió la pregunta como una bofetada en el rostro y casi tartamudeó cuando intentó responder.

—Creemos, mi Señor, que no pasará de esta noche, pero todo dependerá de lo que su cuerpo sea capaz de aguantar y de lo que Adonai nuestro Dios desee.

El hombre bajó la cabeza y curvó ligeramente el tronco al decir estas palabras.

Salomón permaneció pensativo unos momentos contemplado todo a su alrededor, en tanto que, todos los presentes, con la vista en el suelo, esperaban de nuevo sus palabras.

—Bien —dijo al fin—, si estos son sus últimos momentos en este mundo, justo es que los pase rodeado de todos los suyos.

—¡Benáías! —exclamó dirigiéndose al jefe de la guardia—, deja entrar en la habitación a todos sus hijos y, por Dios, que lo hagan en silencio para no perturbar su descanso.